

Jueves 16 de enero del 2003

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Gobiernos divididos

Con asombro vamos descubriendo cómo el fenómeno de los gobiernos divididos no era lo que habíamos imaginado. La panacea democrática de los gobiernos donde el poder se comparte entre los poderes Ejecutivo y Legislativo no parece ser lo que indicaban los textos de teoría política. No en el caso de México.

Si en 1997 el PRI perdió la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, el PAN no pudo obtener —producto de las elecciones del año 2000— los escaños necesarios en ambas cámaras como para permitirle un Gobierno más manejable al presidente Vicente Fox.

Realmente la experiencia de los gobiernos divididos inició en México en 1989 en Baja California. Aquí se inauguró la alternancia política, once años antes que a nivel federal. Sería bueno a veces desviar la mirada hacia las localidades para entender la dinámica de nuestro país.

Los resultados de trece años —con excepción del trienio 1995/1998— de gobiernos divididos en Baja California, dan cuenta de lo tortuoso y difícil que puede ser gobernar en democracia. Más cuando dos tradiciones de nuestra cultura política acechan los márgenes de la gobernabilidad.

Me refiero, por un lado, a la incapacidad para generar acuerdos, primero entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, y después entre las fracciones en el Congreso. No es casual el distanciamiento entre el presidente Fox y la legislatura. Más bien la tónica en estos dos últimos años ha sido de enfrentamiento y desencuentro. El último ejemplo lo tenemos en las declaraciones del Presidente en su más reciente viaje a Europa donde criticó que los diputados vean más por los intereses partidarios que por los de sus representados.

Resulta evidente que Fox no ha priorizado los acuerdos con el Congreso para avanzar en las reformas que le permitan mayor margen de maniobra gubernamental. La apuesta parece ser por esperar el triunfo del PAN en las elecciones federales del verano.

Pero a estas dificultades se suma la incapacidad de las fracciones en el legislativo por avanzar en un mínimo acuerdo sobre los temas relevantes de la agenda legislativa. No hay el deseo, pero tampoco el aprendizaje que da la tradición democrática, de gobernar con base en acuerdos y no en imposiciones o mayoriteos.

Fueron muchos años de partido hegemónico, donde los legisladores hacían todo menos representar a nadie, salvo al Presidente y su partido. Verbos como concertar, acordar, negociar, no existían en el léxico de la política mexicana. Los partidos de oposición efectivamente sólo se oponían a la política gubernamental, no se preocupaban por entender el ejercicio de Gobierno, de pensar en positivo para generar políticas plausibles.

El otro factor que conspira contra la política de acuerdos es sin duda la tradición de los medios de comunicación por estigmatizar el hecho de que los partidos se sienten a negociar. En su reciente visita a nuestro país, el brillante sociólogo español, Ludolfo Paramio, nos hacía ver esta característica de los medios en México. Decía que la expresión "negociar en lo oscuro", era de patente nacional.

Efectivamente, hemos aprendido a ver con recelo toda negociación a puerta cerrada entre poderes distintos y partidos de adversarios. La connotación de lo "oscuro" es la de transar. Nos olvidamos que es una práctica de todo régimen democrático llegar a acuerdos prácticos ante situaciones complejas. Aquí lo vemos con morbo.

Claro, atrás vienen las "concertaciones" inauguradas justamente en el estado del presidente en 1992. Hay elementos que lo explican, pero ya no lo justifican.

Un ejemplo reciente de la ausencia de acuerdos ocurrió el día 25 de noviembre de 2002, cuando las fracciones del PRI y del PRD acordaron un aumento del 8% al gasto en educación para los próximos cuatro años. Ante el total descontento del PAN, se llegó a un acuerdo más de corte electoral, que basado en una real política redistributiva.

¿De dónde saldrán los recursos para ampliar el gasto educativo?, se preguntaban los sorprendidos panistas. Evidentemente, recortando otros gastos del rubro social, ante la ausencia de nuevos ingresos gubernamentales. Como los panistas se oponen a estas medidas, tanto el PRI como el PRD podrán capitalizarlo electoralmente. Ni para donde hacerse. El panorama se enturbia y con él el proceso electoral que se nos viene.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.